

Biblioteca Selecta

*La virtud
del borrico*



34

*Ramón
Sopena*

Provenza 95 Barcelona

12 C = 11 bis
75



00040652

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

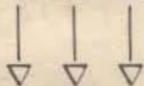
—
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

—
Barcelona, 10 de abril de 1923
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
FRANCISCO DE P. PARÉS

—
POR MANDATO DE SU SRÍA.,
Lic. Salváador Carreras, pbro.
SCRIBO. CANC.

BIBLIOTECA SELECTA



LA VIRTUD DEL BORRICO

29.141

464/60



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97
1930



DERECHOS RESERVADOS

LA VIRTUD DEL BORRICO

Cierto borrico, abandonado en medio de los campos, atronaba el aire con sus rebuznos; eran éstos tan lastimeros, tan quejumbrosos, que enternecían al animal de corazón más duro.

¿Por qué se lamentaba así el borrico? No se hubiera sabido de no acertar a pasar por allí un perro, que impresionado por las quejas del doliente se aproximó a él y le dijo:

—Hola, camarada, ¿qué es lo que te ocurre, para lamentarte de ese modo?

—¿Qué quieres que me ocurra?—contestó el cuitado—. Que soy el ser más infeliz de este mundo.

—¿Por qué razón?

—Por muchas que te explicaría si tuviese tiempo, pero no lo tengo: todo lo necesito para rebuznar y para quejarme.

—Pues, amigo mío, valdría la pena que me refirieses las tuyas por si yo podía auxiliarte en algo.

—¡Y en qué ibas a auxiliarme, si no merezco que nadie se acuerde de mí?

—Pero, ¡tan grande es lo que te sucede, compañero asno?

—Tan grande.

—Vamos a verlo. Explícate de una vez, si quieres.

—Voy a decírtelo, porque me inspiras confianza. Hace poco más de una hora estaba yo sentado ahí, en ese ribazo, meditando.

—¡Meditando tú, borrico?—preguntó el perro soltando la carcajada.

—¡Ves?—dice en seguida su interlocutor, dando al aire nuevos rebuznos lastimeros—. Tú también te ríes de mí, me desprecias, me insultas. ¡Ojalá hubieses nacido borrico como yo!

—Bueno, amigo; ya dejé de reírme. Estábamos en que te hallabas meditando.

—Eso es; y me decía: Pero ¡qué poco vales, borrico! ¡Qué poquísima falta haces en el mundo! No tienes ninguna de

esas cualidades que a los otros animales les favorecen tanto y por las que tanto se les estima.

—¿Qué cualidades son ésas?

—Déjame continuar con el discurso que me dirigía a mí mismo.

—Pues sigue.

—¿Qué inútil eres, borrico! No tienes ni la fuerza del león, ni la astucia de la zorra, ni la inteligencia del elefante, ni la ligereza del avestruz, ni la altura de la jirafa, ni la vista del águila, ni la agilidad del mono, ni el olfato del perro...

—Muchas gracias, camarada, por haberme nombrado el último.

—No, amigo mío, el último no, que ese lugar me está reservado por desgracia a mí.

Y en acabando de decir estas palabras tornó a sus lamentaciones rebuzneriles. Al perro veníanle intenciones de morderle una pata, pero se contuvo, limitándose a largarle este sermón:

—¿Sabes, borrico amigo, que estarías muy bien con una trompa? ¿Sabes que te sentarían como pintadas unas melenas? Pues mira que sería graciosísimo

verte subir a los árboles como los monos ; o saltar las tapias de los corrales como las zorras... ¿ Conque eso meditabas ? Donosa meditación la tuya, al fin de borrico. ¡ Qué chusco fuera verte como un galgo correr tras de las liebres ! ¡ Ah, señor borrico ! Nunca serás más que eso en vida, y cuando mueras, pasto tu carne para los cuervos del aire, y buena tu piel para panderos de los hombres.

Terminado este otro discurso, alejóse el perro, riéndose a más no poder, mientras el jumento arreció de tal manera en sus rebuznos, que un coro entero de asnos no los hubiera lanzado tan prolongados ni tan fuertes.

Pero en seguida...

*

* *

En seguida suspendió su estridente soliloquio. En dirección hacia donde él estaba veíase avanzar repentinamente, como si hubiera brotado de la tierra, un tropel de animales.

Levantaban una formidable polvareda, y el jumento se asustó.

—¿Qué será?—pensó, mientras se refugiaba en un matorral.

Pronto salió de dudas. Cuando ya es-



...como si hubiera brotado de la tierra, un tropel de animales. (Pág. 8.)

taban cerca pudo ver que a la cabeza de todos corría una tigresa real rabiosa, alocada, como si un gran dolor o una terrible desesperación la empujase, y en su torno un verdadero enjambre de rapo-

sos, lobos, jabalíes, cigüeñas a grandes zancadas, perros, avestruces, etc.

—¿Dónde irán?—se preguntó intrigado el borrico, lamentándose interiormente de no tener la perspicacia del elefante o del mono para adivinarlo.

Por fin, una rata que también figuraba en la comitiva y que habíase quedado rezagada, satisfizo su curiosidad.

—¿Sabes qué ocurre, hermano pollino?

—¿Qué?

—Pues que uno de los hijos de la tigresa real se ha caído en un pozo.

—¡Bah! Ya saldrá.

—Es que es muy jovencito y no puede salir por sí solo.

—Ya lo sacarán.

—Es que no hay quien pueda sacarlo tampoco.

—Pues el pobre se ahogará. ¿Qué remedio le queda?

—Es que la tigresa ha prometido alimento para cinco años al animal que lo saque.

—No es mucho garantizar la vida de un animal por cinco años solamente.

—Y ha prometido además que defen-

derá mientras viva a quien le salve a su hijo, y hará que todos los otros animales le respeten, le obedezcan y lo adoren.

—Eso ya va siendo algo.

—Y dicen también que cien monos del bosque harán un collar preciosísimo para adornar con él a quien salve la vida del tigrecillo.

—Eso es un excelente premio. Si yo no fuera pollino...

—¿Qué harías?

—Todo lo que me fuera posible para entregarle su hijo a la tigresa.

—Pues yo sé de muchos animales que se convirtieron en lo que quisieron.

—¿Qué dices, hermana rata? ¿Eres acaso la rata sabia de que oí hablar, cuando era pequeño, a mis padres?

—La misma soy, hermano borrico.

—Pues habla, habla pronto; explícame cómo es eso de que a veces algunos animales se hayan convertido en lo que quisieron.

—Muy sencillo. Pero no creas que eso quiere decir que tú puedas convertirte en un águila o en un conejo con sólo de-

searlo. Eso no es posible, amigo jumento.

—Pues entonces...

—Lo que yo quiero decirte es que cada animal tiene una propiedad buena, una cualidad, una virtud con las que puede ser lo que quiera. Tú indudablemente, hermano pollino, tienes también una gran virtud.

—No, hermana rata sabia, yo no tengo nada de eso. Nadie hay tan desgraciado como yo en la tierra...

Y hubiera continuado así, espetándole sus más lastimeros rebuznos, de no interrumpirle en seguida su sabia interlocutora.

—Sí, señor asno; tú, como todos nosotros, tienes una gran virtud, sólo que nunca te detuviste a buscarla, y por lo tanto, es como si no la tuvieras... Pero ¿quién sabe si esa virtud tuya será suficiente para librarle de morir al tigrecillo?

—¿Por qué no me ayudas a buscarla tú, rata sabia?

—Yo no puedo ayudarte. Cada cual ha de buscársela por sí mismo. Y quizás esa virtud tuya pueda hacerte más valeroso que el león, más ágil que el mono, más

astuto que la zorra, más listo que el elefante, y más esbelto que la misma jirafa.

—¿De modo que yo podría ser todas esas cosas?

—Convertirte en esos animales, no; pero ser más que ellos, sí. ¿Por qué no buscas tu virtud? ¿Por qué no corres al lugar donde cayó el tigrecillo y haces por salvarlo? Tal vez lo consigas, y entonces, a los ojos de la tigresa, de la madre feliz, que es al mismo tiempo la reina de todos nosotros, ¿quién será más bueno, ni más sabio, ni más valiente, ni más hermoso que tú?

—Pues, ¿sabes que tienes razón, hermana rata?

—Claro es que lo sé. Por algo se me llama la rata sabia.

—Inmediatamente voy a ponerme en camino.

—¿Hacia el pozo?

—Sí.

—Pues no tardes. Yo me adelanto, y si en llegando allí, descubro algún medio para que logres tu propósito, con el mayor gusto te lo diré. Hasta luego, hermano pollino.

—Adiós, hermana rata.

Alejóse ésta y acostóse sobre la hierba aquél, dispuesto a discurrir y filosofar sobre lo que debería hacer, sin tener en cuenta que como tardase un poco más iba a ahogarse el tigrecillo en el fondo del pozo.

Por fin, y pasado no tanto rato por fortuna como él solía emplear en sus meditaciones, el jumento se levantó, diciéndose :

—La cosa está clara como la luz. La rata sabia ha querido decirme que yo tengo dentro la virtud del león, la del mono, la de la cigüeña, la del elefante, etc., y que lo que debo hacer es buscar entre todas esas virtudes cuál me sirve mejor para mi propósito, que es en este caso librar de la muerte al tigrecillo.

Dicho lo cual, y haciendo unas cuantas cabriolas de gozo, olvidándose por un momento de su grave y sesuda animalidad, echó a correr al trote largo, camino del pozo.

¡Infeliz borrico! Él, que se quejaba tanto de sus infortunios, iba a saber ahora lo que eran infortunios.

*

* *

Apenas llegó a la vista del pozo dióse cuenta de que una gran muchedumbre



de animales pululaban en torno del brocal.

Muy pronto estuvo entre ellos, y acercándose a una jirafa, que por su altura debía de haberse enterado de todo, le preguntó cómo andaban los trabajos de salvamento.

—Muy despacio—respondió la jirafa—. A todos nos parece que el tigrecillo no tiene salvación. Figúrese usted, señor borrico, que ese pozo tiene mucha agua y que el desgraciado animal ya se cansa de tener la cabeza fuera para no ahogarse.

—Pues que se descuelguen los monos por las piedras y lo suban.

—Ya han probado; pero todo fué inútil. Ha de saber usted que quién más, quién menos, todos los que nos hallamos aquí, hemos intentado salvarle, entregárselo a esa madre amantísima, que está a punto de enloquecer; pero ha sido en vano.

—¿Y si probase yo?—exclama muy ufano el jumento.

—Pruebe usted; no hay más que dos medios de salvarle: o sacándolo del pozo, o quitando el agua, para impedir siquiera el que perezca ahogado.

—Pues voy a probar; usted, señora jirafa, no sabe que yo tengo muchas virtudes.

—Todas le van a ser necesarias; y le prevengo a usted que lo piense bien an-



...asoma la cabeza al brocal, tanto, que está en muy poco el que caiga de bruces dentro... (Pág. 19.)

tes de ofrecerse, porque le van a poner muy duras condiciones. La tigresa ha concebido siempre gran esperanza cuando un animal se ha ofrecido a salvarle a su hijo; luego, al no ser esto posible, ha sufrido un terrible desengaño y ahora está muy escarmentada.

—No importa, no importa. Yo me ofrezco.

—Pues vaya usted, y que Júpiter le proteja.

Óyese en seguida en los aires un gran rebuzno; vuélvense todos hacia el jumento, que explica muy brevemente su propósito, y la tigresa, desolada, enloquecida, le dice:

—¿Vas tú a salvar a mi hijo?

—Sí.

—¿Sacándolo a él del pozo, o sacando al menos el agua, para que no se ahogue?

—Primero una cosa y después otra.

—Pues empieza; pero te advierto que solamente cinco pruebas te permito. Si a la quinta no me devuelves al hijo de mis entrañas, haré que te arrojen a aquel pozo de allá enfrente.

—Bueno, señora tigresa.

—¿Aceptas, pues?

—Acepto.

En medio de un silencio grandísimo, el asno comienza a dar vueltas alrededor



...vuélvense todos hacia el jumento... (Pág. 17.)

del pozo. De pronto, se detiene y exclama:

—Señora, va la primera prueba. Yo que tengo muchas virtudes, estoy buscando ahora la del león. ¿Qué haría un león en este caso? Arrancar las piedras del brocal, escarbar el suelo, hacer muy grande

el pozo, muy ancho, hasta que pudiera salir el tigrecillo sin dificultad. Pues eso voy a hacer yo.

Y comienza a poner en práctica lo que acaba de decir; pero ni las piedras del brocal caen, por más coces que suelta contra ellas, ni en el suelo escarbando logra abrir un hoyo en el que pueda haber siquiera un corderillo. Al fin, jadeante, extenuado, se echa en tierra, mientras todos lanzan estrepitosas carcajadas, y mientras exclama la tigresa:

—Prueba segunda.

Vuelve a hacerse el silencio y vuelve el borrico a alardear de que tiene otra virtud, la del elefante, pero no la de un elefante cualquiera, como antes tampoco la de un cualquiera león, sino la de un elefante extraordinario, con una trompa larguísima, que llegue hasta el fondo del pozo.

Y creyéndose en posesión de esta virtud imaginaria, asoma la cabeza al brocal, tanto que está en muy poco el que caiga de bruces dentro... Hay una nueva risotada general, y un nuevo grito de la madre:



...pero ni las piedras del brocal caen, por más coces que suelta contra ellas... (Pág. 19.)

—Tercera prueba.

En ésta el jumento cree ser como una gran cigüeña, y meter el pico en el pozo, y sacar en sus puntas, como con pinzas, al tigrecillo; pero su fracaso es tan ruidoso y tan lamentable como los anteriores.

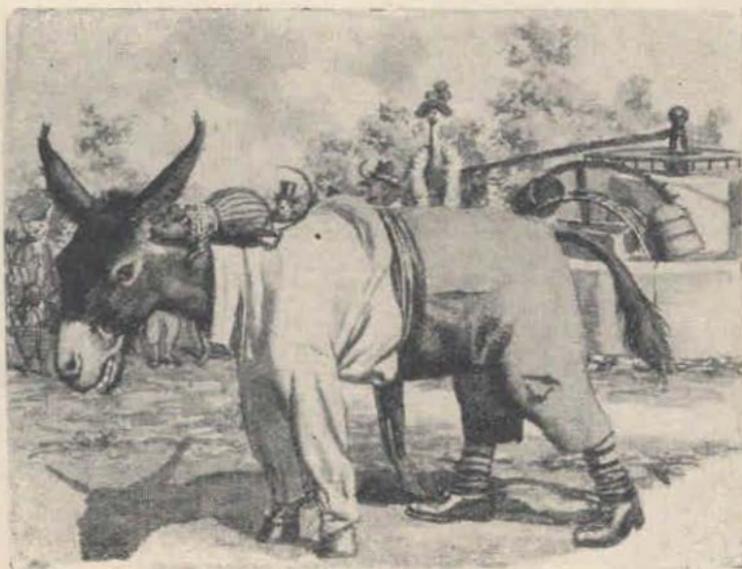
Llega la cuarta prueba, en la que él se figura ser el más ágil de entre todos los monos, y pretende nada menos que bajar por las paredes del pozo; mas al meter en él las patas delanteras, siente un miedo tan grande que retrocede asustado, y

como le falta un punto de apoyo, da varias volteretas por el suelo, igual que una pelota.

Inútil es decir el regocijo que reina entre la muchedumbre... Pero vuelven todos a callar porque falta todavía una prueba, la última.

Entonces, y cuando el silencio se hace nuevamente, todos se pasan al ver que la rata sabia se dirige al pollino, trepa hasta sus orejas y allí le habla en secreto durante breves instantes, volviendo luego presurosamente a su sitio.

En seguida el jumento vió lo que antes



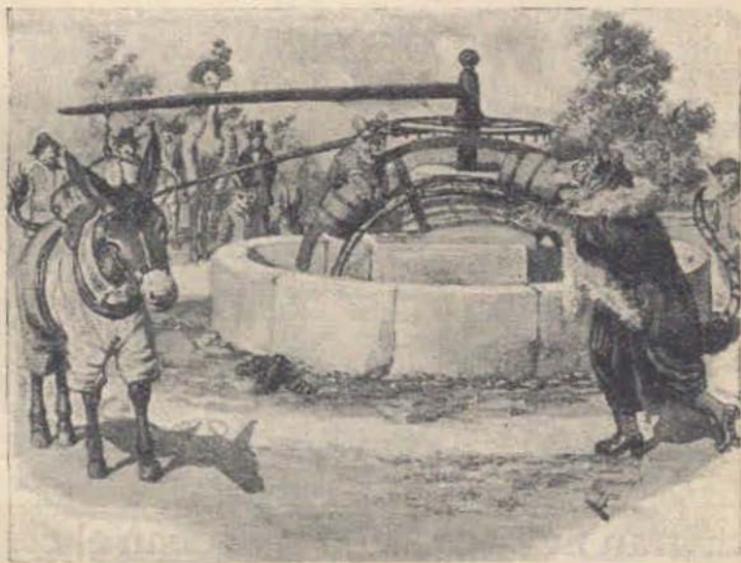
no vieron sus ojos, ilusionados con las virtudes de los otros animales, y era que sobre el brocal del pozo hallábase montada, y en perfecto estado, una noria. Preguntó al punto cómo no se habían valido de aquel medio para vaciar el pozo; y unos le contestaron que porque no sabían, otros que porque no llegaban al palo, muchos que les mareaba el dar vueltas, y casi todos que no tenían paciencia para estar sacando agua y más agua, horas y más horas.

Entonces el jumento hizo que lo engancharan a la tal noria. Comenzó a dar vueltas, y más vueltas, con una cachaza, con una paciencia ejemplares, y aquel mismo día el pozo quedó seco, y para colmo de fortuna, en uno de los canjilones salió, vivo aún, el tigrecillo.

Maravillados quedaron los circunstantes; estuvo la alegría a punto de enloquecer a la madre como antes el dolor; todos los presentes, halagos y honores fueron para el jumento; y éste logró así lo que nunca por semejantes medios hubiera soñado lograr.

La rata sabia se lo dijo al oído:

—¡ Insensato ! ¡ A qué buscas en ti la virtud del león, ni la del elefante, ni la de ninguno ? Busca la tuya, la virtud que como borrico llevas dentro, la que nunca



...en uno de los canjilones salió, vivo aún, el tigrecillo. (Pág. 22.)

habías estimado, la que se llama paciencia, tenacidad, tesón ; ésa te salvará y te hará superior a todos tus semejantes.

Y así fué, porque el borrico, desde aquel momento, se consideró relativamente dichoso.

LOBÍN

Aquel día era todo regocijo en la montaña. Lobín, el tonto más tonto de los lobos de la manada, había sido llamado a la selva por encargo especial de Su Majestad el León, que quería tomarlo a su servicio. Con este motivo, lobos y lobas, lobatos, lobatas y lobeznos, celebraban una gran fiesta en la que pagaban el convite los padres del agraciado.

Consistía el tal convite ¡claro está! en unos cuantos corderillos que fueron robados del aprisco más próximo, y a la terminación del banquete se presentó en lo alto de unas rocas lejanas cierta raposa, mensajera del rey. Con ello quería decir que aguardaba ya al escogido, y todos se dispusieron a acompañar a éste, casi la manada en pleno, hasta la linde de la montaña.

Iba Lobín abrazado a su padre y a su madre, a quienes momentos después le era preciso abandonar, y todos los parientes, amigos y conocidos formaban detrás y a los lados un regular cortejo... Bien conocían los acompañantes lo tonto que era



el expedicionario, y, quién más, quién menos, todos se reían pensando en el triste papel que Lobín jugaría ante el León y su corte; empero todos aparecían muy contentos, porque si Lobín hacía fortuna, de ella participaría la manada, y si no la hacía, éralo ya para ellos el reírse a sus anchas del pobre lobo tonto.

Llegó la comitiva, por fin, al pie de las rocas donde estaba la raposa mensajera. Abrazaron por última vez los padres al hijuelo, llorando desconsoladamente, sobre todo la loba, y diéronle al oído estos consejos :

—En la corte de Su Majestad el León— dijo el padre—, si quieres ser algo, has de saber mentir, fingir y adular.

Pero la madre, a su vez, le habló :

—Sé bueno, hijo mío ; obedece siempre y di en todas las ocasiones la verdad, que así te ganarás la estimación de todos.

Lobín miraba, ya a su padre, ora a su madre, con ojos estúpidos y decía a todo que sí. Sus padres le abrazaron varias veces aún, que ninguna querían fuese la última ; los de la comitiva le estrecharon la mano ocultando su risa no pocos, y deseándole todos feliz viaje y buena suerte ; la raposa le tomó de un brazo con mucha suavidad, luego de hacerle un profundo saludo, y el escogido por el León desapareció en medio de la selva.

Media hora más tarde, cuando los lobos de la montaña se disponían a cenar y a dormir, comentándose en todas partes la

marcha del tonto, éste comparecía, presentado muy ceremoniosamente por la raposa, en la cueva de Su Majestad el León, rey de los animales.

Temblaba el pobre Lobín de pies a cabeza, mas no por eso se le borraban de la memoria, ni siquiera en aquellos instantes de azoramiento, los consejos de sus padres, sobre todo aquel que le recomendaba para ser algo en la corte : «mentir, fingir y adular».

*

* *

—¿ Conque éste es el célebre Lobín ? — preguntó el monarca a la raposa que se lo presentaba.

La raposa inclinó sumisamente la cabeza sin contestar. Quien respondió fué, en cambio, el aludido, que dijo :

—No, señor : no soy Lobín.

—¿ Caramba !—exclamó burlescamente el León—. ¿ Conque tú no eres Lobín ?

—No, señor.

—¿ Conque no vienes de la montaña ?

—No, señor ; yo vengo de un río.

—¿Y tus padres no son los lobos más valientes y ricos de por allá?

—No, señor; mis padres son pobres, no tienen nada de valientes, y, además, no son lobos: mi madre es una jirafa y mi padre es un ratón.

—¿Demonio!— volvió a exclamar con su burlona risita el León—. Muy bien, señor Lobín; pero, al menos, aunque sean un ratón y una jirafa, tienes padres, ¿no es eso?

—No, señor; yo no tengo padres.

—Pero, amigo mío...

—Ni los he tenido nunca.

—¿Pues no dijiste antes que sí?

—No, señor; yo no dije semejante cosa.

—Es verdad: antes dijiste que no habías tenido padres.

—No, señor: dije que sí que los tenía.

—Y tú, ¿eres lobo o no?

—Soy un camello.

—¿Y yo?

—Su Majestad es un elefante.

—Muy bien, muy bien; puedes retirarte. Raposa, indícale el rincón de la cueva donde ha de dormir.

La raposa obedece, y llévase de un brazo, cueva adentro, a Lobín. Este va muy contento, diciéndose por el camino :

—Me parece que he cumplido bien el primer consejo de mi padre. Esta noche el rey va a nombrarme lo menos general.



En aquel mismo instante el León, paseándose por la regia estancia, decíale a un mono que oficiaba de paje :

—Esta noche coges un buen garrote, y a ese lobo tonto, para despabilarle, le sacudes una buena tanda de palos.

Tal fué el debut de Lobín en la corte

del monarca de los animales... Luego que le hubieron descargado la paliza, quedóse muy triste en aquel rincón que le servía de cámara, y pensó para sus adentros, sin atreverse a decirlo en voz alta :

—¿ Si entendería mal la primera parte del consejo ? ¿ Si no será mintiendo cómo se llega a ser algo en la corte ? Pues, del consejo segundo sí que estoy segurísimo : mi padre me dijo que debía fingir y adular. Mañana lo veremos.

Y amaneció el día siguiente. Toda la corte se levantaba muy temprano porque el rey era buen madrugador. A éste habíanle causado primero extrañeza y luego cólera las mentiras del recién venido ; sin embargo, aquella mañana se levantó de buen humor, y no tardó en dar orden de que Lobín se presentara ante él para distraerse un rato con sus mentiras.

El tal monarca tenía dos defectos principales : uno físico y el otro moral. Consistía el primero en cierto grano de regular tamaño que habíale salido en las ancas ; y el defecto moral, en una gran envidia que sentía hacia los caballeros y damas de su corte, es decir, hacia los tigres,

panteras, pavos reales, etc., que le rodeaban.

Y aquella mañana Su Majestad el León los congregó a todos y llamó a Lobín, imaginándose que iba a disfrutar grandemente, y todos con él.

—Vamos a ver, señor Verdades—díjole siempre burlescamente el León—. ¿Qué tal has dormido?

Por toda contestación Lobín se echó a llorar desconsoladamente. Damas y caballeros soltaron la carcajada. El rey también rió con toda su fuerza, de tal modo que se hizo preciso sujetarle las mandíbulas para que de tanto reír no se le desencajasen.

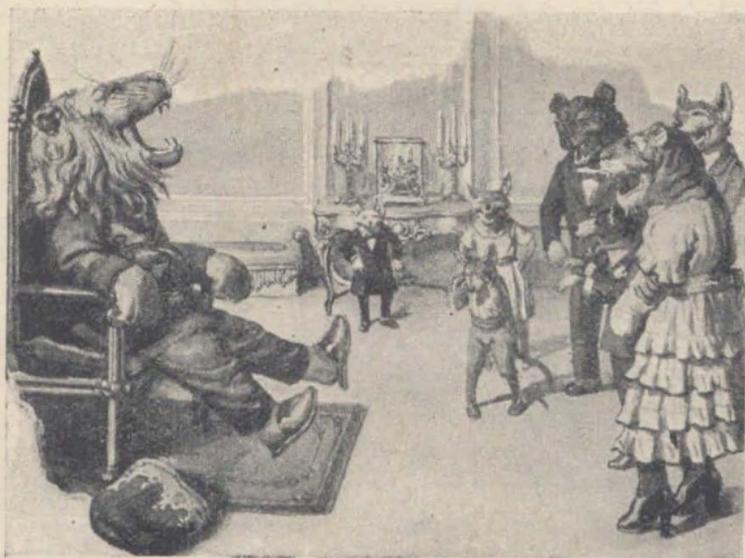
Volvió el monarca a hacerle nuevas preguntas, a las que no respondía Lobín, que no cesaba de llorar. Entonces la raposa del día anterior vino a observar que aunque el lobo lloraba tanto no vertía una sola lágrima, y así lo comunicó a la corte.

—¿Conque tan bien sabes hacerlo?—dijo, ya medio colérico medio irónico, el León—; pues sabe que a mí no me gustan los fingimientos.

Y volviéndose a un potro salvaje que por allí andaba, ordenó :

—¡ Eh ! señor potro ; dos pares de coces a este gran comediante. No quiero yo comediantes en mi trono.

Fué cumplida la orden ; las coces fue-



...soltaron la carcajada. (Pág. 31.)

ron dadas, y Lobín aquella vez lloró sin fingirlo.

En la montaña vecina, el lobo y la loba, a aquella misma hora, pensaban en el hijo ausente, y estaban convencidos y orgullosos de que con sus consejos, Lobín ha-



—Esta noche coges un buen garrote... (Pág. 29.)

—¿Cómo?

—Que os sienta muy lindamente, que lo lleváis con mucha gracia, y que si por ese grano no fuera no seríais tan hermoso como sois; que la Naturaleza o Júpiter, envidiosos sin duda de vos, no permitieron que el tal grano fuese más grande, porque al haberlo sido más, más hermosura hubiese resultado la vuestra, señor.

Y Lobín, después de este discurso, se quedó completamente satisfecho, pensando que ya había acertado y que, por fin, empezaría a prosperar en la corte.

Pero Su Majestad el León no opinaba del mismo modo; cuando oyó que alababan a los demás, tomó de veras la alabanza, y su envidia se juntó con su cólera; y cuando oyó que le ponderaban su defecto, tomó la ponderación por burla, y su orgullo se juntó asimismo con su cólera. Ambas cóleras produjeron lo que necesariamente tenían que producir: un castigo para el infortunado Lobín, que tanto lo era por haber seguido tan al pie de la letra los consejos.

Sin embargo, el castigo no consistió esta vez en palos ni en coces; pusieronle sobre

su piel de lobo una de cordero, y de esta suerte castigado quedó a ser el juguete, el escarnio y la risa de todos.

Para librarse de ello, anduvo desde aquel día siempre errante y solo, huyendo de los demás, que no se acercaban a él



sino para mortificarle. Y una noche, en el silencio de su rincón, mientras todos dormían, Lobín dábale vueltas y más vueltas a su pensamiento :

—Pues, señor—se decía—, he puesto en práctica los consejos de mi padre y me ha ido muy mal. No solamente no he

subido en la corte, como mis parientes creían, sino que he bajado más todavía, pues entré de lobo para tal vez mandar en los tigres y me han dejado en cordero, con lo que todos, hasta los papagayos, se ríen de mí... ¿Y si pusiera en práctica los consejos de mi madre? ¿Cómo me dijo? Pues me dijo... me dijo... ¡Ah! Ya está. «Sé bueno, hijo mío, obedece siempre y di en todas las ocasiones la verdad, que así te ganarás la estimación de todos.»

Quedóse pensativo un momento Lobín y, al fin, con una exclamación, reanudó su monólogo :

—¡Diantre! Pues, según parece, mi madre vino a decirme todo lo contrario que mi padre. El uno, que mintiera; el otro, que dijese la verdad. ¿A cuál creeré?

Y pasados otros minutos de meditación, se resolvió :

—Pues haré caso a mi madre, que ya he visto a donde me condujeron los consejos de mi padre. Desde hoy, voy a decir la verdad por encima de todo. Ya no mentaré, ni fingiré, ni adularé; a las piedras les llamaré piedras, al agua, agua, y todo

lo que haya entrado por mis oídos o por mis ojos, todo saldrá por mi boca.

Y, lleno de esa tranquilidad que sigue siempre a las grandes resoluciones, se durmió.

Una de las mañanas siguientes, y a poco de derramar la aurora su rosada luz por la selva, la raposa de siempre vino a despertarle :

—¡ Eh, señor cordero ! Su Majestad el León quiere verte, pues se nota algo enfermo y necesita distraerse con tus fingimientos y tus mentiras. Ahora sí que, con objeto de que puedas decirlas serenamente, da su palabra de rey de que no te impondrá castigo ninguno.

Lobín se desperezó en seguida, desdobló sus patas, se enderezó sobre ellas, cumplió con su obligación de colocarse la piel de cordero y siguió, como tantas otras veces, a la raposa.

Mas iba pensando por el camino :

—Eso de que no me impondrán ningún castigo, no lo creo. Por consiguiente, abandono mi táctica anterior. Seguiré la resolución que tomé hace algunas noches, y nada más.

Llegado que hubieron Raposa y Lobín a presencia del León, éste, que se hallaba rodeado de todos los caballeros y damas de su corte, habló así :

—Bien venido seas, lobo de las montañas, que a distraer a tu rey y señor vienes.



...y siguió, como tantas otras veces, a la raposa. (Pág. 37.)

Cuéntanos todas las mentiras que sepas, todo cuanto hayas visto y todo cuanto hubieres oído. Fama llevas de ser el mayor comediante y el mayor embustero de la selva toda ; habla, pues, y haz honor a esa fama.

Y, antes de que Lobín abriese la boca, un mono chilló :

—Empezad por mí, señor lobo-cordero, ¿qué sabéis de este que os pregunta ?

—Pues sé — repuso Lobín — que sois muy feo.

El mono tomó una actitud jactanciosa, pues claro estaba que si Lobín decía mentiras y afirmaba que él era feo, resultaba hermoso.

—Además — continuó el de la montaña —, sé que cuando paseáis detrás de Su Majestad, le hacéis muecas y gestos, burlándoos de él.

Aquí el mono estuvo a punto de caerse del árbol donde se hallaba sentado ; pero pronto se rehizo, y curándose en salud, exclamó :

—Pero ¿ con qué maestría miente este Lobín !

—¿ Y qué sabéis de mí, cordero-lobo ? — preguntó con voz desagradable un pavo real.

—Pues, de vos sé — contestó el interrogado — que para ganar en belleza a los otros pavos reales, llamáis al mono para que pinte con colores más vivos vuestras

plumas. Y, además, sé que cuando Su Majestad duerme, vos cantáis de ese modo tan horrible con el solo fin de despertarle.

Contrajo la cola asustado el pavo real y miró al León. Pero éste soltó la carcajada y, como era natural, la corte en pleno rió también.

Tras estas risas hubo un gran silencio, porque ningún animal quería preguntarle nada al «embustero». Hasta que el rey habló :

—¿ Qué pronto han callado ustedes, señores ? ¿ Será posible que no les diviertan estas grandes mentiras de Lobín ? A ver, caballero tigre, preguntale a ese cordero engañador qué sabe de ti.

—¿ Qué va a saber de mí, Majestad ? — aduce el tigre— ; yo soy el más modesto de los caballeros de vuestra corte.

Mas Lobín repuso instantáneamente :

—No tan modesto, no, señor tigre, que no se desprende eso de vuestras conversaciones con el señor chacal y con la señora pantera.

—Conmigo jamás ha hablado— replica ésta.

—Ni conmigo—afirma rápidamente el chacal.

Pero el León interviene con irónica sonrisa :

—Pues, claro es que no, amigos míos. ¿No hemos quedado en que Lobín solamente decía mentiras? Pues entonces... mentira es lo de que hayáis tenido algunas conversaciones, y también lo será cuanto explique de ellas si es que las oyó y nos concede la gracia de referirlas.

—Con mucho gusto—repone Lobín—; precisamente hoy siento por mentir unas ganas grandísimas.

—Pues, habla, habla—dice el rey, acomodándose mejor en su trono, y mientras la corte enmudece.

—En esas conversaciones—empieza el cordero-lobo—el caballero chacal, el caballero tigre y la dama pantera hablaban nada menos que de... Pero, Majestad, esta mentira es muy gorda; no la vais a creer.

—Tranquilízate—responde el monarca—. Bien sé que tu fantasía de embustero no tiene límites.

—Pues hablaban—continua Lobín—de arrojar del trono a Su Majestad el León

envenenándole, para lo cual se proponían unos a otros sobornar al cocinero.

Un escalofrío general recorrió los torsos de caballeros y de damas. Sólo el rey continuaba riendo con la ironía de siempre. Arriba, en lo alto de su rama, el mono chilló :

—Pero ¡qué embustero es este Lobín!

Aunque a la fuerza, rieron todos la gracia del simio. En seguida el rey despidió, con la afectuosidad de siempre, a la corte, porque deseaba estar solo. Y, antes de marcharse cada cual por su lado, ordenó que al solemnísimos embustero de Lobín se le sirviera, en premio a sus grandes mentiras, un suculento almuerzo.

Cuando se disponía, con gran satisfacción, a dar cuenta de él, unas palabras le fueron susurradas al oído :

—Diciendo mentiras, recibiste palos; diciendo verdades, será algo peor que palos lo que recibas.

Volvióse Lobín, el condenado a eterna desventura, y vió ante sí al caballero tigre, al caballero chacal y a la dama pantera.

*

* *

Su Majestad habíase agravado en su enfermedad, de tal modo que el doctor Rinoceronte y el doctor Hipopótamo, los



...y vió ante sí al caballero tigre, al caballero chacla y a la dama pantera. (Pág. 42.)

más sesudos médicos de cámara, desconfiaban de salvarle.

Se acudió a todos los remedios, a la sabiduría de todos los animales, a la virtud de todas las plantas, pero en vano: el

León moría. Y, conforme iba siniestramente avanzando hacia su fin, rugía en el fondo de su cueva :

—Que me den un remedio para vivir siquiera diez años más.

Pero ese remedio nadie lo encontraba, y, al siguiente día, más desesperanzado el León, tornaba a sus rugidos :

—Que me lo den siquiera para vivir cinco años.

Mas esta exclamación resultaba igualmente inútil.

—¡ Siquiera para vivir dos años !

Y veinticuatro horas más tarde volvía a rugir :

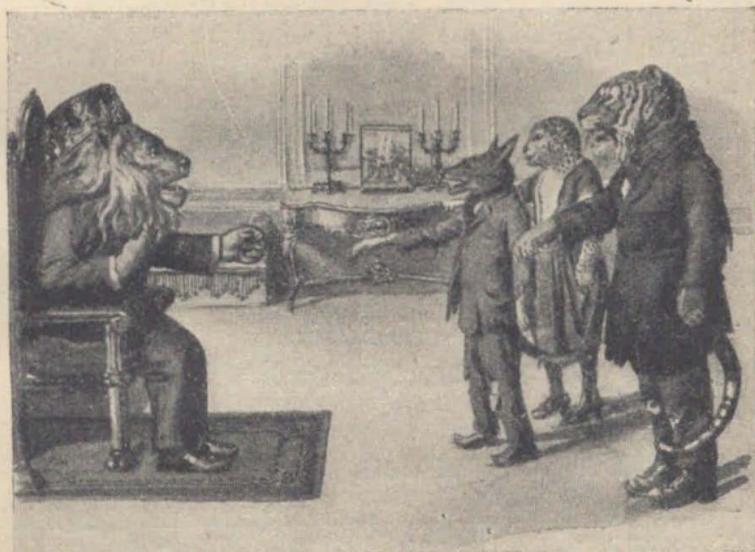
—¡ Con un año me conformo !

Entonces se presentó un búfalo que deseaba ver al paciente.

—Que pase—dijo Su Majestad. Y apenas estuvo el búfalo en su presencia, habló así :

—Señor, el tigre, la pantera y el chacal, desterrados por vos lejos de la selva, al enterarse de lo grave que estaba Vuestra Majestad, me envían para decir que ellos poseen un remedio, tomado el cual viviréis cinco años al menos.

Rebrincó en su trono el León, haciendo uso tal vez de todas sus fuerzas, y sin acordarse de que aquellos que enviaban al búfalo eran sus enemigos, antes bien, creyendo que con tal proceder querían



arrepentirse y congraciarse, que el afán de vivir pasa por encima de todo, dijo al emisario solamente estas dos palabras :

—Que vengan.

Y aquella misma noche los tres desterrados comparecían ante su monarca.

—¿ Conque poseéis—dice éste—el remedio para que yo viva cinco años ?

—Sí — contestan los tres simultáneamente, alargando, como en juramento, una pata.

—Pues, traedlo o decidlo.

Entonces el caballero chacal, que era el encargado, sin duda, de llevar la voz por los tres, avanzó y dijo :

—Bastará, señor, que bebáis antes del mediodía las últimas gotas de la sangre de uno de vuestra corte.

—¿ Es preciso, pues, que muera para yo beber sus últimas gotas de sangre ?

—Sí, Majestad.

—¿ Y quién ha de ser la víctima ?

—Señor...

—Nómbrela pronto.

—No la que nosotros nombremos sino la que designe el destino.

—Expícate.

—Será el primero que mañana, apenas salga el sol, entre a visitaros, sin que sea llamado por vos.

—Bien está ; pero me permitiréis que para evitar el que sea un engaño vuestro remedio, os encarcele hasta mañana por la noche ; de esa manera no podréis envenenar a la víctima, y envenenarme, por lo

tanto, a mí, como era vuestro antiguo propósito.

—Sí, Majestad, encarceladnos.

—Con motivo de mi enfermedad y para que todos buscasen remedios por la selva, he soltado a los presos que había en las



cuevas-cárceles; de suerte que allí pasaréis el día holgadamente.

En efecto, tigre, chacal y pantera fueron al punto encarcelados; mas todo cuanto se hiciera contra ellos en previsión de sus perversos designios, era inútil, porque el búfalo embajador había recibido

sus instrucciones y a aquellas horas estaba ya ejecutándolas.

He aquí lo que ocurrió y cómo la gran desgracia tenía que caer naturalmente sobre el más desgraciado de la selva, que no era otro sino el prototipo de la desventura, el infortunado Lobín.

Apenas amaneció al día siguiente, el cordero-lobo recibió este recado :

—Anoche el rey mostró deseos de verte, lamentando lo poco que vas a hacerle compañía ; así es que ganarías mucho ante su real animalidad si hoy te presentases a darle los buenos días antes que ninguno.

Lobín quedóse mirando fijamente al emisario, que no era otro sino el búfalo, y dijo :

—Muchas gracias por el consejo. Ahora mismo voy.

Y fué. Ningún otro antes que él había penetrado aquel día en la cueva del rey. Este le expuso las razones que tenía para hacerle matar. En seguida entraron en la regia cámara damas y caballeros, que se dieron a felicitar a Lobín porque su sacrificio iba a alargar la vida del rey.



...Unas horas más tarde les eran cortadas las patas al caballero tigre... (Pág. 49.)

Lobín, empero, callaba ; no parecía haberle causado las palabras del rey emoción ninguna. Y, de pronto, repuso :

—Señor. Las últimas gotas de mi sangre ¿ cuánto alargarán vuestra vida ?

—Cinco años.

—Pues yo traigo el remedio para que la veáis alargada cinco más, o sea, diez.

—¿ Sí ?—exclamó el monarca, contentísimo.

—Sí—respondió Lobín—. Anoche me visitó un cóndor de remotos países ; díjome que era preciso que yo entrase hoy a veros antes que nadie. Por eso me di tal prisa a venir.

—¿ Y qué remedio es éste ?

—Muy sencillo. Os lavaréis las zarpas con un agua en la que se hayan cocido tres pares de patas de animal.

—¿ Y quiénes han de ser las víctimas ?

—Las que Vuestra Majestad o el destino designen, con tal que sean tres prisioneros de vuestras cárceles.

... Unas horas más tarde les eran cortadas las patas al caballero tigre, al caballero chacal y a la dama pantera.

*

* *

Lobín se vió premiado por el rey con grandes riquezas que cinco elefantes transportaban a la montaña donde los pa-



...y tomándolo por un cordero, no lo hubiese arrebatado a los aires... (Pág. 51.)

dres del lobo-cordero vivían. Él continuaba siendo cordero-lobo, porque aunque estaba autorizado para quitarse la piel que por mofa le pusieron, habíale tomado tal cariño que nunca la dejaba.

En la corte llegó a ser ministro primero... Pero un día, y a pesar del remedio y a las pocas semanas de tomado, el rey murió. Entonces todos se levantaron contra Lobín; los partidarios del difunto por haberle engañado, y los amigos del chacal, del tigre y de la pantera por deseo de venganza.

Y mal lo hubiera pasado el infeliz si un águila, viéndolo desde la altura y tomándolo por un cordero, no lo hubiese arrebatado a los aires en sus garras, llevándose a la montaña, en donde se dispuso a destrozarlo.

Sólo que, al enterarse de que era lobo y no cordero, se remontó asustada y lo dejó escapar; volviendo en seguida Lobín con los suyos, que lo recibieron triunfalmente, no como a un pobre tonto, sino como a un opulento, como a un héroe y como a un sabio.

LAS CARICIAS DE UN PERRO Y UN BUEY

Compañeros de establo, que se llevaban muy bien y se querían mucho, eran un perro y un buey.

Jamás había habido entre ellos camorra ninguna : ni el buey acorraló o coceó nunca al perro, ni éste hincó sus dientes en aquél.

Pero un día el dueño del establo, que por lo visto progresaba en caudal, compró otro buey, y entonces sí que se rompió el equilibrio y la armonía entre ellos.

El buey nuevo, que atendía por «Roso», era un camorrista de primera y desde el principio comprendieron los otros que tenían que ponerse en guardia contra él.

Efectivamente, el tal Roso no perdonaba ocasión de arremeter contra su ca-

marada o contra el perro, en particular contra este último, que se veía constantemente perseguido por el nuevo buey, y que ya ideaba el mejor modo de vengarse.

El primer día que entrambos bueyes salieron uncidos al campo, colocóse el pe-



ro junto a Roso y emprendieron los tres, con el amo detrás, la marcha.

—Esta es la mía — se dijo el can, y comenzando a dar bocados en las patas del nuevo buey, le decía — : Hala, Roso, hala, que poca suerte tuviste poniéndote a la izquierda de la yunta ; a este mismo

lado voy yo siempre ladrando y mordiendo al buey, para que la yunta camine más de prisa.

Roso estaba dado a todas las furias; de vez en vez lanzaba una de sus patas al aire, con ánimo de aplastar al perro, pero nunca llegó a tocarle; en cambio, faltó muy poco para que fuese a dar la coza en el gañán, lo que a Roso le valió una buena tanda de varazos.

El perro, claro está, se reía a grandes ladridos, y continuaba ensañándose—: Hala, hala, al buey de la izquierda, que es mi preferido.

O bien se ponía delante de la yunta dando grandes saltos y haciendo extrañas muecas, a los mismos ojos del nuevo buey, y lo que era más motivo de cólera para éste, en sus mismos cuernos, sin que por ir amarrado al yugo pudiera clavarlos con toda su rabia en el maldito can.

Así transcurrió el día: trabajando la yunta de bueyes y mortificando sin cesar el perro al de la izquierda.

Cuando llegaron a la aldea, ya de regreso, y entrambos bueyes fueron desun-

cidos, el perro, sin perder un solo minuto, subióse al tejado del establo y allí se dispuso a pasar la noche.

Llegó el día siguiente y como era, por lo visto, época de arar, fueron de nuevo uncidos los bueyes por su amo. Pero Roso no consintió de ninguna manera en formar a la izquierda de la yunta, por más varazos que sentó el gañán en sus espaldas y, por fin, para no perder más tiempo, y puesto que el trabajo le había de ser igual fué uncido a la derecha.

Comenzó a dar saltos y a lanzar ladridos el perro como siempre cuando todos se pusieron en marcha, y se colocó, según costumbre, a la izquierda de la yunta.

Un profundo suspiro de satisfacción se escapó del cuerpo de Roso, que pensó para sí :

—Preferibles son los varazos del gañán que al fin ya se acabaron, a los continuos mordiscos de ese perro abominable, que tan feroces ganas tengo de hallarle, encontrándome libre, al alcance de mis cuernos.

No pudo terminar su consoladora meditación, porque en aquel preciso instan-

te lanzaba el can un sonoro y prolongado ladrido, a continuación del cual decía :

—La yunta no marcha sin que yo muerda a uno de los bueyes por lo me-



...y muerde que muerde... (Pág. 57.)

nos. Pero yo soy justiciero y equitativo ; todos somos iguales en el mundo, y puesto que ayer estuve todo el día mortificando al buey de la izquierda, justo es que hoy me lo pase mortificando al de la derecha. Así se repartirán entre los dos mis mordiscos como se reparten el trabajo de la labranza.

Y diciendo y haciendo, se pasó a la derecha y muerde que muerde, ladra que ladra, y Roso cocea que cocea, así transcurrió el día. Pero ¡ah! en el voluminoso cerebro del buey nuevo iba tomando cuerpo una idea siniestra. Sus abiertos ojos, grandes y redondos, impasibles, se cerraron y abrieron varias veces; lanzó al aire un mugido y se llenaron sus bellos de espuma: acababa de jurar la muerte del can.

¡Qué maldito descuido el del perro!

Había sacado el gañán a los bueyes a que pastasen por el campo y él se quedó en el establo durmiendo.

Mas he aquí que de pronto, y llevándose el susto mayor de su vida, vió entrar como una tromba al buey nuevo. En una distracción del gañán había dejado el pastoreo y encaminándose al establo, en donde ya se figuraba encontrar al can dichoso por haberle visto dormido al salir.

No pudo hacerle nada antes por la presencia del gañán, pero ahora sí que se cobraría en cruel venganza todos los in-

sultos y mordiscos de los días anteriores.

—¡Eh! señor perro—mugió—. Despiértese usted bien; soy yo, Roso, el buey nuevo que viene a pagarle sus mordisquitos agradables con unas no menos agradables cornaditas.

—Pero usted, señor buey, ¿me hace tanto honor llamando mordiscos a lo que no son sino caricias?

—El mismo que voy a hacerte ahora; donde yo he dicho cornadas pongamos también caricias. Voy a acariciarte con la misma suavidad y el propio mimo que tú me has acariciado a mí estos días. Conque prepárate.

—Pero, señor buey, eso será una broma, ¿verdad?

—Claro que sí: una broma de las de tu clase.

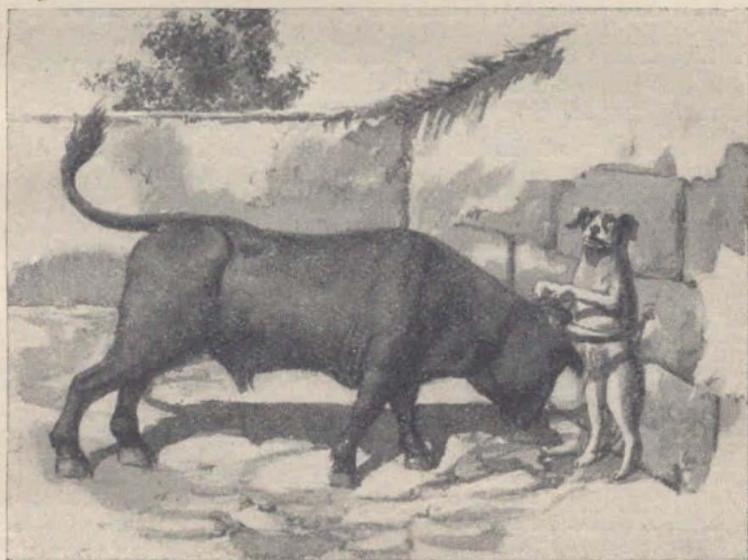
—Pero yo solamente le mordía a usted, yo no llevaba intención de matarle. En cambio usted, con esa descomunal cornamenta...

—¿Y quién te dice a ti que yo quiera matarte? Serás tú el que te mueras, del gusto que te proporcionen las caricias. Y basta de charla. ¿Estás bien despierto?

Porque lo que yo quiero es que te enteres perfectamente de lo que voy a hacer contigo.

—No, señor Roso, no estoy bien despierto ; se me figura que duermo todavía, que sueño...

—No importa : ya te despertarán las



primeras cornadas, digo, las primeras caricias.

Al perro no le quedó, pues, salvación posible. Cerró su boca y se colocó en la pared, de pie, con las delanteras patas al aire, en actitud dolorosa de súplica. Llegó el buey, furioso, colérico, echando ver-

dadera llama por sus rasgados ojos ; arremetió con toda su fuerza contra el can infeliz, y cuando éste creíase ya entre los difuntos dióse cuenta de que se había obrado un prodigio : la formidable y sana cornada de Roso no le había hecho el menor daño, ni tocarlo siquiera.

Pues ¿qué ocurrió? Muy sencillo. Háblele salvado al perro el ponerse de pie para implorar misericordia. Como la abertura de las astas del buey era mucho mayor que el cuerpo en pie del can, dieron las puntas en la pared y quedó el perro entre ellas completamente incólume. Por más veces que repitió el testarudo Roso la operación no obtuvo mejor resultado, con gran rabia suya y enorme alegría del perro.

Y así hubieran continuado todo el día, de no presentarse el gañán que sin duda iba buscando al buey con gran pena por todas partes, y que al encontrarle dejó volar su sentimiento y armándose de cólera y de una buena vara, descargó una y otra sobre los costillares de Roso.

¿Quedó éste apaciguado? ¿Quedó ya tranquilo el perro? Al contrario. La par-

tida no había hecho sino empezar, faltaba indudablemente lo mejor.

Y esta parte mejor de la partida no tardó en presentarse. Cierta día sacó el



...descargó una y otra sobre los costillares de Roso. (Pág. 60.)

gañán a los bueyes a pacer como de costumbre. Iba también el perro con ellos pero, receloso, escondíase tras el amo, sabedor de que el buey nuevo no se las había perdonado aún y que había de caer sobre él en la primera ocasión.

Ya el otro buey, su antiguo compañero, se lo tenía avisado :

—Mira, amigo can, que Roso te prepara una buena celada.

—¿Qué se propone hacer conmigo?

—No ha querido decírmelo : algo gordo ha de ser. Procura no estar nunca descuidado.

En efecto, a las pocas horas, y en un aparente descuido del perro que se hallaba cerca de su amo, Roso se lanzó a una feroz acometida. Por fortuna, el gañán, que nada de aquello comprendía, se interpuso, y como el buey siguiera con su propósito, creyó el amo que pretendía cornearle a él, y le dió, como tantas otras veces, de varazos.

Sin embargo, aquí el can no tenía absolutamente ninguna culpa, por lo que en seguida púsose a ladrar :

—¡Eh, señor buey! que no le han pegado a usted por mí. Antes bien tiene que agradecerme mi silencio, pues si yo le hubiera dicho al amo que las cornadas iban contra él y sólo contra él, quién sabe cómo estaría usted a estas horas de molido.

—Verdad es—afirmó Roso—, mas no te librarás por eso de mi cólera. Quién sabe si en vez de un impulso noble te obligó a callar el temor de que haciéndome más daño fuera más feroz mi venganza.

—Qué mal pensado es usted, y qué poco agradecido.

—Me pedirás acaso agradecimiento por los mordiscos en las patas, que tengo todavía lastimadas las cuatro.

—Pero ¿aun se acuerda usted de eso? Buena memoria posee; en cambio ya se le ha olvidado mi silencio de ahora que tanto pudo perjudicarle.

—Sí, sí, tu silencio. Oyeme bien: ¿no observas cómo el amo busca un sitio cómodo y fresco, seguramente para echarse? Pues en cuanto se tienda en la hierba y cierre los ojos, prepárate a morir.

—¿Lo dice usted de veras?

—Así sois los malos: por una acción buena que hacéis, mejor dicho, por una acción mala que dejáis de hacer, queréis que se os perdonen todas las malas anteriores. En fin, mira hacia allá: el amo se ha echado ya en tierra. Va a dormirse muy pronto y entonces...

—¿Si? Pues lo que es esta tarde no me hace daño vuestra cornamenta, señor buey. Ahora mismo me voy con el amo.

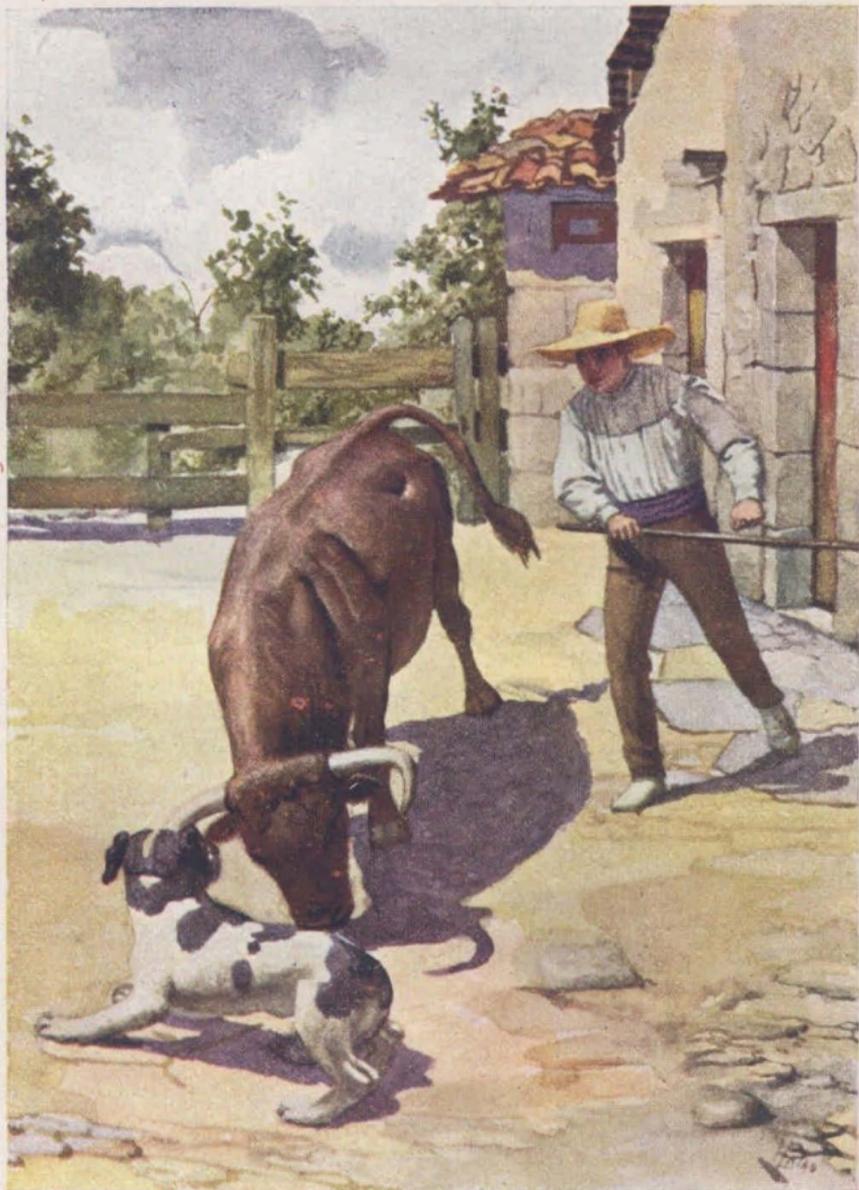
—¿A qué? ¿A ladrar junto a él, para no dejarle dormir? Qué ingenioso eres. Ve, ve, que eso será lo único que te salve.

—Sí, que me salve de tus cuernos—dice en seguida el perro—pero no de sus palos. ¿Creíste que soy tonto?

Y mientras el can decía esto pensaba en acercarse efectivamente al amo, para allí junto a él tenderse también y hasta dormir a pierna suelta. ¿Dónde estaría más seguro? ¿Iba a acometerle allí por casualidad el buey? No, a Roso le detendría, como es natural, el temor de herir también al amo.

Muy avisgado el can así lo hizo, y a los pocos momentos se quedó como el amo dormido profundamente. A cien metros de ellos seguía paciando Roso que de vez en cuando alzaba la cabeza y les dirigía sus grandes ojos, redondos y extáticos.

Pero ocurrió lo que ni él ni el can habían pensado, y fué que, pasada una hora, se despertó el gañán, se levantó y púsose a pasear por el campo, mientras el



...Roso se lanzó a una feroz acometida. (Pág. 62.)

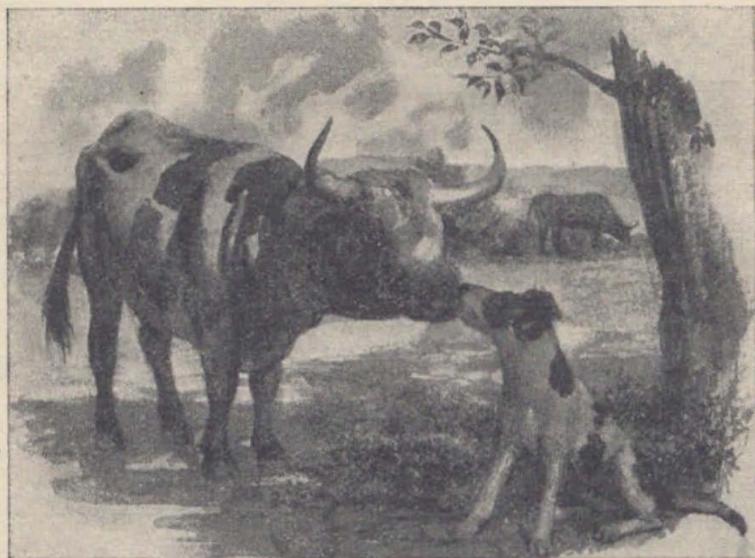
perro, con sueño más profundo, siguió donde estaba.

Y despertó bien pronto sobresaltadísimo por los resoplidos de una res que se le había acercado. Sólo que la tal res no era su enemigo buey sino su buey amigo, su antiguo camarada que le habló :

—Despierta, tonto. ¡ No caíste en que podía levantarse el amo y tú seguir durmiendo, a merced de ése? Y escucha un consejo que voy a darte. Por allá lejos viene a hablar con el amo un hombre que al parecer quiere comprar al Roso, porque sin duda al amo le conviene deshacerse de él. Si es así, procura evitar su proximidad cuanto puedas, y una vez lejos él, desaparece el peligro. Entre tanto, anda muy despierto.

Efectivamente, el hombre anunciado se presentó de allí a poco y púsose a hablar con el amo de los bueyes, el cual se acercó en seguida, no a Roso, sino a su compañero, por lo que era presumible que de quien el gañán quería desprenderse era del viejo y no del nuevo, del antiguo y no del recién venido.

Gran disgusto tuvo con ello el perro, que a distancia contemplaba cómo los hombres se ponían a examinar detenidamente a su buen amigo, para efectuar la operación de compra. Y tan absorto y tan



Y despertó sobresaltadísimo... (Pág. 65.)

afligido estaba poco después, cuando vió que los gañanes se estrechaban la mano en señal de haber quedado entendidos, que no se dió cuenta de la aproximación de Roso hasta que lo tuvo poco menos que encima de sí.

Su primer movimiento fué el de escapar, pero hallábanse entonces en la linde de un bosque, y cortábale el buey al perro la retirada hacia el campo, con lo que no era posible huir entre el enemigo y los árboles.

Entonces tuvo el can una al parecer genial idea. Acordóse de cómo se libró cuando la acometida del establo y decidió repetir la suerte. Al efecto, y no encontrando pared ninguna contra la que respaldarse, imaginó el ponerse de pie contra el tronco de un árbol, no muy grueso.

El buey enemigo, en viéndole así, tomó carrera, escarbó el suelo igual que una res brava y...

El perro instantáneamente se dió terrible cuenta de su situación. El tronco del árbol no era plano como la pared del establo sino curvo, y aunque las astas del enemigo nada podrían hacerle, su testuz lo dejaría aplastado como un infeliz insecto.

Y llegó el buey, pero aminorando su ímpetu. Con su testuz, ya que no podía con la cornamenta, oprimía el cuerpo del

desventurado can, más cada vez, entre formidables ladridos de la víctima. Sin embargo, no apretó tanto que llegará a matarle. Y dejándole luego en paz, ni



...tomó carrera, escarbó el suelo igual que una res brava y... (Pág. 67.)

moribundo, ni siquiera herido, sino solamente maltrecho, le dijo :

—Vamos, señor perro; esta caricia es la última. Al otro buey lo venden, nos quedamos solos y no es cosa de vivir continuamente enemistados.

Desde entonces can y buey fueron los mejores amigos del mundo.

'AVENTURA DE LA CAVERNA'

Esta aventura ocurrió en el Brasil. Acompañábamos a nuestros padres, en un viaje que hacían por negocios de mucha importancia, negocios que, resueltos satisfactoriamente en menos tiempo del calculado, nos permitieron dedicar dos o tres días a distracciones, antes que zarpare el buque en que íbamos a efectuar el viaje de regreso.

Alfredo, muchacho español que se hospedaba en el mismo hotel donde estábamos nosotros, me había hablado una que otra vez de una caverna que guardaba un tesoro; pero nadie se atrevía a apoderarse de éste por temor a los fantasmas que estaban encargados de su custodia. Referí la nueva a mi papá, que se rió de buena gana y me dijo que iríamos a buscar el tesoro, afrontando el furor de los fantasmas. Al día siguiente, habló mi pa-

pá del asunto a nuestro guía José, quien repitió la misma historia que había oído yo de labios de Alfredo. Contestó mi padre que quería ver por sus propios ojos a los fantasmas... que éstos no lo asusta-



...todos íbamos provistos de fusiles y revólveres. (Pág. 71.)

ban, y que, si realmente había algún tesoro oculto, él iba a llevárselo con o sin el consentimiento de sus macabros guardianes. José se resistió tenazmente a acompañarnos; pero, seducido al fin por la cantidad que mi padre le ofreció si se

prestaba a servirnos en esa ocasión de guía, consintió, quedando convenido que vendría también con nosotros Alfredo.

Emprendimos el viaje muy tempranito por la mañana; pues como la distancia era considerable tendríamos que dormir una o dos noches fuera de casa; y deseábamos aprovechar para la marcha las horas en que el calor no apretase demasiado. Llevaba Alfredo una mochila y José otra, y no hay para qué decir que todos íbamos provistos de fusiles y revólveres.

En los comienzos del viaje nos ocurrió un suceso impresionante. Mi padre y José se habían adelantado un buen trecho, y Alfredo seguía tranquilamente a mi lado, admirando conmigo las aves y las flores, que realmente eran encantadoras. Jamás había visto yo otras que se les parecieran. Veíanse colibrís, cuyo plumaje brillaba a la luz del sol como si estuviese cubierto de piedras preciosas, mariposas extraordinariamente grandes y de variados colores, flores gigantescas, capullos enormes de color escarlata; todo era vistoso, todo rico, todo brillante, todo distin-



to de lo que conocía yo hasta entonces. Ahora bien : en el momento que me inclinaba para admirar un colibrí precioso, sentí frente a mí un ruido que me llamó la atención y observé que Alfredo retrocedía vivamente. No tardé en comprender lo que pasaba. Grité a Alfredo que saltase, y cuando éste dió un salto en el aire, disparé mi fusil. La alimaña causante del incidente estaba muerta. Era una serpiente de cascabel, que seguramente habría ocasionado una desgracia a no haber sido por mi acertado disparo. La detonación fué causa de que mi pa-

dre y José volviesen corriendo sobre sus pasos para averiguar qué ocurría, y Alfredo recibió el consejo de ser más cauto en lo sucesivo.

Llegamos al fin a la cascada cerca de la cual estaba la caverna objeto de nuestra excursión. No puede darse un lugar más encantador. Caía el agua violentamente por entre peñascos enormes, envuelta en una especie de niebla que, como un rico cendal, descomponía los rayos del sol formando un encantador arco iris. Difícil era trepar a lo alto de esa cascada, porque no había sendero algu-



no y el equipaje embarazaba los movimientos de José hasta el punto de impedirle en absoluto intentar la ascensión. Al fin se decidió que fuera yo el que abriese la marcha. Me quité las botas y las medias y me até una cuerda a la cintura, y, seguido de Alfredo, di comienzo a la ascensión. No he de contar las veces que resbalé, ni las que desanduve, contra mi voluntad, el camino hecho; sólo diré que, saltando de roca en roca y venciendo dificultades enormes, llegué al fin a lo más alto de la cascada. Huelga decir que terminé el viaje calado hasta los huesos, cosa que no me inquietaba lo más mínimo. En cuanto conseguí afianzar bien los pies, tiré el extremo de la cuerda a Alfredo, que subió afirmándose en ella, y luego, entre los dos, izamos a mi padre y a José. Puse a secar al sol mi ropa mojada y tuve la satisfacción de verla seca en poco rato, pues el rey de los astros calentaba demasiado, y entonces proseguimos nuestra marcha en busca del lugar donde pensábamos acampar aquella noche.

Tan cerca estábamos ya de la caverna,

que, según informes de José, daríamos con ella a las dos o tres horas de viaje, a la mañana siguiente. El terror de nuestro guía iba creciendo a medida que nos aproximábamos a la morada de los fantasmas, y sólo la severidad con que tuvo que hablarle mi padre pudo obligarlo a continuar la marcha. Tan pronto como amaneció nos pusimos en movimiento, notando que el cauce del río iba estrechándose cada vez más hasta convertirse en una profunda garganta. Poco tardamos ya en llegar a la caverna. Nos detuvimos en su entrada y asomamos la cabeza, teniendo ocasión de comprobar que en realidad ofrecía un aspecto aterrador. Después de un rato de descanso anunció mi padre su intención de penetrar en la caverna, y todos nos apresuramos a descalzarnos porque había que andar por el agua. Horrible, como he dicho, era el aspecto de la caverna visto desde su entrada; pero todo ese horror era nada comparado con el que inspiraba su interior. Cuando no llegaron ya hasta nosotros los reflejos del sol y quedamos envueltos en una profunda obscuridad,

vacilamos en continuar la marcha, pero en seguida se habituaron nuestros ojos a las tinieblas y pudimos ver los seres que de aquí para allí cruzaban aquellas profundidades.

—¡Murciélagos, y nada más que mur-



ciélagos!—dijo mi padre en tono jovial.

Los chillidos de las aves que pululaban allí y cuyo número aumentaba por momentos de una manera alarmante, despertaban mil ecos ensordecedores en los muros de la caverna, causando un efecto fantástico, poderoso, que ponía los

pelos de punta. Alfredo resbaló y cayó haciendo un ruido extraño al chapotear en el agua, y José, convencido de que toda la algarabía era obra sola de los fantasmas, furiosos al verse perturbados en su retiro por nuestra llegada, quería volverse a toda costa.

De pronto, mi rifle se disparó solo, probablemente por haber soltado yo, sin querer, el gatillo. La detonación fué espantosa, pero lo que sucedió a causa de ella fué peor todavía. En un abrir y cerrar de ojos se llenó la caverna de seres que revoloteaban enloquecidos en todas direcciones, azotando furiosos nuestras caras con sus alas y lanzando gritos agudos, lúgubres, lastimeros. José y Alfredo no pudieron resistir más y emprendieron frenética carrera chapoteando en el agua; y, por mucho que me duela, debo confesar que yo no tardé en imitar su ejemplo. Cuando nos vimos fuera, a respetable distancia de la pavorosa caverna, nos tendimos en el suelo para esperar a mi padre. De allí a mucho rato salió éste, caminando tranquilamente, aunque estaba muy pálido, y riéndose de nuestro mie-

do; pero lo cierto es que no nos propuso volver a entrar en la caverna. Dijo que habíamos sido unos necios al dejarnos asustar por unos cuantos murciélagos y lechuzas, pero no consiguió tranquilizar a José ni a Alfredo, que se empeñaron en poner cuanto antes tierra de por medio para dejar tranquilos a los fantasmas que tan mal rato acababan de darnos.

Fuerza fué que renunciásemos a apoderarnos del tesoro que la caverna podía guardar en su seno, aunque tengo para mí, y ésta es también la opinión de mi padre, que allí no hay más tesoro que el que pueden representar las miríadas de lechuzas y murciélagos que la caverna alberga.

bc
30
V

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Chariot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.